

# OSCURA

MILCA GILI



# OSCURA

Milca Gili

 Planeta

## MIS DIECISIETE

Me hice amiga de una chica bien puta. O eso hubiera dicho mi padre.

María tenía piernas muy flacas, tobillos diminutos y un porte de modelo. La primera vez que vino a visitarme me intimidaba verla caminar por mi casa parando el culo para todo: parando el culo abría el horno, parando el culo abría la heladera, parando el culo sacaba la basura. Cuando caminaba parecía estar desfilando, tenía brazos muy finitos, dos tetas que explotaban y que, por tener diecisiete años y no usar corpiño, eran una total sensualidad. En la cartera llevaba siempre un perfume con olor a fresco que compraba en el supermercado, la botella era de color celeste. María seducía hasta al aire que la rodeaba. Una tarde me trajo de regalo un *culotte* rosa con brillitos en el elástico y un dibujo de un arco iris de colores pastel en la parte de adelante. Me sentía sexy con esa bombacha porque ella la había elegido para mí.

Yo no tenía plata para comprarme ropa para salir y ella me prestaba sus vestidos; los cortaba porque le gustaba que las piernas parecieran más largas y se

las ingeniaba para darles vuelo y dejar entrever los cachetes de la cola. Me los rediseñaba a medida, agarraba una tijera, se arrodillaba delante mío y los cortaba sin piedad. Agarraba su costurero rojo de lata y me cosía el vestido a mano, sentada sobre la cama.

Después se paraba y me pasaba por la cintura algún cinturón o cinta de tela para que se vieran diferentes a cuando los había usado ella. Para sacármelos, me hacía levantar los brazos, dejándome expuesta a la libertad de lo que yo no me animaba a ser.

Una tarde, mientras daba una puntada y levantaba la aguja, me dijo:

—El hilo de la vida se nos puede cortar en cualquier momento.

Después terminó de coserme el vestido y, mientras lo miraba, con una convicción absoluta, decretó:

—Yo voy a ser famosa.

Me acerqué, agarré el vestido y me lo puse.

Ella me hacía sentir hermosa. María transformaba todo lo que tocaba. Además, trabajaba y bailaba en televisión, y se acostaba con quien quería, porque casi todos los días se enamoraba de alguien. Lo que más me divertía era su desfachatez para hacer todo lo que le habían dicho que no hiciera.

En cambio, yo pertenecía al grupo de las modelos de pasarela. Un ambiente que se consideraba más fino en comparación con el mundo de María.

En los *backstages*, las otras modelos tenían celos de María, decían que nada peor que “una nadie en el lugar equivocado”. Le tenían bronca porque

alcanzaba el metro setenta sólo cuando se ponía tacos, pero, a pesar de eso, empezó a tener un nombre propio. Cuando llegó al mundo de la moda, fue la elegida para abrir y cerrar los desfiles más importantes, desplazando con su sensualidad absolutamente a todas.

En mi casa, ser modelo era casi como ser una prostituta, por eso sentía culpa al subirme a una pasarela. A papá ese mundo le preocupaba, veía a las modelos como mujeres frívolas; sin embargo, cuando se separó de mamá se puso de novio con una chica anoréxica y acostumbrada a ser mantenida. Pero a ella no la percibía peligrosa. ¿A dónde iba a ir, si ni siquiera era muy despierta? Durante años, repitió para nosotros cuántas cosas caras y viajes de cabotaje le había pagado el ex marido. Trataba de sacarle algo más a mi viejo, pero eso él no lo veía. Las peligrosas seguían siendo las modelos.

Yo no lo desobedecía a mi papá. Permanentemente buscaba su aprobación. Él, por su lado, me ponía obstáculos porque tenía miedo de que me fuera bien.

Papá no estaba equivocado, hay mujeres superficiales que sólo miran el dinero. Pero él también tenía lo suyo: jamás hubiera tenido una novia gorda.

Una tarde, mamá me llamó por teléfono y me aconsejó que me dedicara a la actuación, no a la moda.

Mamá también tenía razón, ser actriz era *cool*. Pero yo nunca quise ser modelo ni actriz.

Después de divorciarse de mi padre, mi mamá formó pareja con un tipo muy vago, por eso nunca quise irme a vivir con ella. Se instalaron en Mar del Plata, en la casa familiar de veraneo, a novecientos kilómetros de donde vivíamos. Ella se llevó a mis hermanos, al perro y al televisor. Yo me quedé con papá, en San Nicolás.

Con el tiempo, escuché en la radio que de adultos nos convertimos en nuestros propios padres porque nos hacemos responsables de nosotros mismos. A mí me tocó de chica. Siempre tuve la sensación de que tenía más años de los que había cumplido. Pero existía un lugar donde me sentía niña, y era cuando me imaginaba las cosas que me hubiera gustado hacer.

Una tarde, yo debería tener unos nueve años, en la cama grande de mis abuelos me puse a hacer la tarea de Geografía con una amiga. Nos habían pedido buscar y señalar los continentes en un mapa. Y cuando vi Oceanía me dieron ganas de irme, como se había ido mi mamá, pero a Australia. No entendía que eso era muy lejos. Pero, ¿qué es lejos cuando tu casa está vacía?

El problema era que mis viejos no me daban ni un peso, y yo apenas estaba en cuarto grado.

A los diecisiete años, cuando empecé a trabajar como modelo, la moda en Buenos Aires empezaba

a desaparecer. Trabajaban más las chicas que hacían carrera en los medios o en el teatro de revista. Nunca hice *castings* de televisión, me daba vergüenza y papá me había hecho entender que eso era muy berreta. En esa época él era como un sol que me encandilaba, hasta que salí al mundo exterior a ver qué había.